

Gustavo Gutiérrez, amigo

Felipe Mac Gregor, sj

Conocí a Gustavo en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Gustavo estudiaba medicina en San Marcos y, deseoso de saber, asistía a mis clases de ética. Juntos volvíamos a mi casa, el Colegio de la Inmaculada, en la Colmena.

Allí, paseando en uno de los patios del colegio, conversábamos. Nuestras conversaciones no eran sólo de lógica o ética, sino de su vocación al sacerdocio. Problemas familiares impedían a Gustavo seguir su vocación, el llamado al sacerdocio que oía en lo más íntimo de su alma.

Lector asiduo. Gustavo conoció la historia de Bartolomé de Las Casas. Este sacerdote dominico, apóstol de las Indias, denunció con gran coraje el tratamiento que “los conquistadores” daban a los nativos de América Central y Sudamérica (los indios). Gustavo se preguntó: ¿En el siglo XX –400 años después– los indios y los mestizos no son también explotados y despreciados por la *élite* social de nuestros países? ¿Cómo liberarlos de ese pesado yugo? ¿No tiene la teología, la ciencia que busca conocer los caminos de Dios nuestro Padre, una respuesta a esta pregunta?

La teología de la liberación fue una respuesta. La novedad de la respuesta atrajo a sacerdotes, religiosos y laicos. Fue tema de discusiones. La obra de Gustavo llenó de esperanza la vida de hombres y mujeres que sufrían por la pobreza. Su persona ha inspirado fidelidad y alegría en la Iglesia de Jesús en los años posteriores al concilio Vaticano II. No menos se recuerda a Gustavo como profesor, llenando sus clases de alumnos y de preguntas, a las que ayudó a responder con generosidad, seriedad académica y fe. Otros, menos, conocen su espiritualidad capaz de recuperar para nosotros viejos pozos bíblicos. Es un privilegio, luego de todos estos años, ser su amigo.